

## “CUANDO HAY PASIÓN, SE PUEDEN MOVER MONTAÑAS”

Juan Carlos Lascurain

### Los orígenes

**M**i historia comienza del otro lado del Atlántico, en una familia de vascos, que migraron a la Argentina a comienzos del siglo XIX.

Mi padre, Juan Carlos, era oriundo de Monte Caseros, una pequeña ciudad al sudeste de la Provincia de Corrientes. Quedó huérfano de muy chico, así que mi abuela Catalina cargó al hombro la crianza de sus diez hijos. En aquel pueblo de provincia, las oportunidades laborales no abundaban. La mayoría se dedicaba al empleo público o las fuerzas armadas. Así que mi papá estudió en la Escuela de Mecánica de la Armada para graduarse como mecánico de aviones y se enroló en la Gendarmería cuando fue creada.

De visita a una hermana en Buenos Aires, mi papá conoció a María Elena, mi madre, nieta de inmigrantes italianos. Ella se había criado en una familia acomodada, aunque venida a menos tras el fallecimiento de su padre, que había sido empresario.

Se casaron y fueron a vivir a El Dorado, Misiones. A los cuatro años se mudaron al barrio de Liniers, donde alquilaron un departamento en una de esas casas chorizo, tan frecuentes en aquella época. En el fondo había un terreno, donde mi padre criaba gallinas.



Mi padre, junto a uno de los aviones que piloteaba.



Con mi familia, en el cumpleaños de quince de mi hermana.

Yo nací en el Hospital Militar, el 24 de septiembre de 1946, cuatro años después que mi hermana Marta Elena. Mi infancia transcurrió en esa casa de Liniers, alternando las clases en la escuela del barrio, con largas horas en la calle detrás de una pelota de fútbol. Usaba las históricas zapatillas Pampero, de punta reforzada, pero igual las rompía al poco tiempo de estrenadas, de tanto patear.

Cursé la secundaria en el colegio Ward de Ramos Mejía y no fui un buen alumno. Más que el estudio, me interesaban las actividades deportivas y culturales. Participé en un grupo de teatro y hasta me metí a tocar la tuba en una banda de música.

Pero mi papá estaba decidido a que yo estudiara. Un día, llevé el boletín de calificaciones a mi casa, y se lo entregué. Él lo miró e hizo el gesto de levantar un zapato del piso, no para castigarme sino para darme una lección que no olvidaría jamás. Me lo mostró y señaló la suela gastada. *“Ves, por mandarte al colegio, no pude comprarme zapatos”*, me dijo. Entonces entendí que tendría que aplicarme en el estudio.

Poco tiempo después de terminar la secundaria, conseguí trabajo en la consignataria de hacienda Adolfo Bullrich. Empecé en las cuentas corrientes; luego, pasé a cobranzas y finalmente, a auditorías. Bullrich me becó para estudiar la Licenciatura en Administración en la UADE. No sólo terminé esa carrera, sino que años más tarde también me recibí de Contador Público.

Yo, que con gran esfuerzo había llegado a terminar la secundaria, ahora me había graduado en la universidad y me preparaba para encarar una larga trayectoria en la docencia.

## La vida como docente

En 1975, empecé como ayudante de Contabilidad en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. No fue sencilla aquella primera experiencia frente a un aula. Me tocó dictar clases en un anfiteatro y me pareció que los alumnos se me iban a caer encima. Luego, me acostumbré; pero considero aquella práctica docente mi primer rol de conducción.

Después del golpe de estado de 1976 no me renovaron el contrato y recién en 1983, con la vuelta de la democracia, me presenté a concurso y lo gané. Quedé como profesor de esa materia hasta la época menemista. Entre tanto, también fui docente en la UADE.

En 1983, me invitaron a organizar el Departamento Comercial del Colegio Ward. Allí hice uno de los trabajos que más me enorgullecen. En lugar de enseñar los contenidos tradicionales, les dije a mis alumnos: *“Van a tener que hacer un proyecto de promoción industrial”*.

La propuesta que planteé implicaba una sumatoria de saberes: geografía económica, contabilidad, marketing y tantas otras disciplinas de quinto año. Yo me sentí muy feliz de dar a los chicos un acercamiento al mundo real. Al año siguiente, al comienzo del nuevo ciclo lectivo, mi nueva jefa me dijo: *“Te pido que en clase enseñes lo que dice el libro de temas”*. No fui más. El colegio se había convertido en una cáscara vacía, sin el contenido ni el nivel que yo había conocido en mis tiempos de estudiante.

## La vida como industrial

A los veintiocho años, ya graduado en la universidad, mi amigo José Norberto Royo, a quien había conocido en el Colegio Ward, me dijo: *“En la fábrica de mi padre necesitamos una persona de confianza”*. No lo dudé. Dejé Bullrich y empecé a trabajar en M. Royo, como adscripto a la Gerencia General. Fueron mis primeros pasos en la industria metalúrgica.

Allí trabajé muchos años, hasta que el 1º de febrero de 2005, con dos socios de M. Royo nos hicimos cargo de Fainser. Yo asumí la Presidencia del Directorio.

Esta empresa es una metáfora del devenir de la industria argentina a lo largo de las últimas décadas. En los años '60 y '70, bajo el nombre de Salcor Caren, fue líder en fabricación de calderas, con un importante volumen de producción, tecnología de punta, y más de setecientos obreros trabajando en todos los turnos.



Inauguración de una obra de Fainser en Villa Gesell 2010. (Obra Central de la Costa Atlántica).

Desde 1976, comenzó su decadencia, víctima de las políticas anti industriales de los sucesivos gobiernos. Cuando nos hicimos cargo de la compañía, tenía sólo setenta personas y tecnología obsoleta. Apenas se dedicaba a realizar algunos trabajos a pedido.

Con gran tenacidad, iniciamos un proceso de cambio. Para volver a fabricar calderas, necesitábamos acceso a la tecnología internacional. Así fue como firmamos un acuerdo con Foster Wheeler, para convertirnos en licenciarios. Esto involucró una fuerte inversión en equipos, en los sectores de corte de chapa, soldadura, agujereado y doblado de tubos. También empezamos a armar los equipos de trabajo para encarar el futuro.

Fainser se convirtió en una pujante industria que participa en licitaciones internacionales y desarrolla proyectos de ingeniería de gran complejidad.

Montamos calderas muy importantes en la planta de Aluar, de Puerto Madryn, e instalamos equipos en la Central Termoeléctrica Manuel Belgrano, de Campana. También nos encargamos de la construcción “llave en mano” de la ampliación del Parque de Generación en Villa Gesell. Desde el punto de vista técnico, fue la obra más trascendente que hicimos.

Actualmente, estamos produciendo calderas de gran complejidad para las minas de potasio de Río Colorado, y para la central de Vuelta de Obligado, en la Provincia de Mendoza. Somos la primera PyME metalúrgica que participa en una obra de semejante envergadura. También hemos hecho obras para la industria nuclear.

Desde 2005, cuando nos hicimos cargo de Fainser, hemos avanzado desde el modelo de paquetizado hacia el valor agregado en la producción, fabricando nosotros mismos muchos de los componentes de nuestras obras. Con un equipo

de 160 colaboradores, estamos en un negocio intensivo en conocimiento. Nosotros no fabricamos bienes seriados, ejecutamos obras que son como “trajes a medida”. Cada proyecto tiene su propia complejidad, que tenemos que superar con conocimiento y tecnología.

En los últimos siete años, hemos logrado una completa transformación de la empresa. En parte, con nuestro esfuerzo y perseverancia. Y también gracias a la política de un gobierno que apostó por el desarrollo industrial. Hacia el futuro, tengo la visión de que Fainser siga creciendo y que pueda convertirse en un referente internacional dentro de su rubro.

## La vida en ADIMRA

Mi primera experiencia en actividades de gremialismo empresario fue al año siguiente de ingresar a M. Royo, cuando me designaron representante de la empresa en la Cámara de Fabricantes de Caños y Tubos de Acero. Fui Presidente de esa institución entre el '83 y el '97, año en que mis colegas me eligieron para dirigir ADIMRA.

Asumí la presidencia de la cámara en un contexto muy difícil. En 1975, había quinientos mil trabajadores metalúrgicos en la Argentina; en 2001, quedaban apenas ochenta mil. Los tiempos de la convertibilidad, sobre todo, fueron devastadores para nuestro rubro.

Uno de los hitos que me producen mayor orgullo en mi carrera gremial empresaria fue la huelga metalúrgica contra el gobierno de Menem, junto con la Unión Obrera Metalúrgica, por entonces dirigida por Lorenzo Miguel. El 22 de junio de 1999, industriales y obreros



En la huelga metalúrgica que organizamos con la UOM en contra de la política industrial del gobierno de Carlos Menem. 1999.



Con el ex presidente Néstor Kirchner.

Con la presidenta Cristina Fernández de Kirchner.





Con el ex presidente de Brasil, Luiz Inácio “Lula” da Silva.

nos manifestamos juntos para defender nuestras empresas y nuestros puestos de trabajo.

Un segundo hecho del que me siento orgulloso es haber contribuido a la sustentabilidad de ADIMRA. En 2001, la cámara se encontraba al borde de la quiebra. Como tantas empresas, tenía el personal suspendido y no podía pagar los sueldos. En los últimos tiempos del gobierno de De La Rúa conseguimos el convenio de aporte obligatorio de las empresas metalúrgicas.

Ese fue el comienzo de la transformación de la entidad, en un proyecto inclusivo y federal. Gracias a esos recursos, pudimos contratar cuadros inteligentes que supieron llevar adelante una gestión profesional por los intereses del sector.

En este sentido, una de las grandes iniciativas fue la creación del Instituto de Desarrollo Industrial y Social Argentino (IDISA), constituido por ADIMRA, la Unión Obrera Metalúrgica y la Asociación de Supervisores. La misión de IDISA es crear un espacio de discusión para consensuar objetivos comunes. La entidad posee un instituto de investigaciones, dirigido por el ex Ministro de Economía Miguel Peirano, que publica trabajos donde se sugieren las estrategias que la Argentina debe implementar en la industria metalúrgica.

Demostremos que es posible construir un diálogo entre industriales, trabajadores y autoridades públicas. ADIMRA tuvo el honor de recibir en su

sede visitas de los más altos funcionarios del Gobierno Nacional, y en dos Congresos Metalúrgicos, incluso contamos con la presencia de la Presidenta de la República.

Este es el tipo de compromiso que quise llevar a la Unión Industrial Argentina, cuando asumí la presidencia en 2007. Fue una fascinante experiencia, al más alto nivel de representación industrial. Si bien implicaba un grado muy alto de exposición pública, sentí que era una misión que tenía que cumplir.



## La vida en familia

Un día, cuando yo aún trabajaba en Bullrich, mi madre me comentó: *“Priscila, la hija de Aída, se recibió y está buscando trabajo”*. Yo contesté: *“Justamente en Bullrich necesitan una empleada, ¿sabe escribir a máquina?”*. Le conseguí una prueba y la contrataron. Como los dos vivíamos en Liniers, volvíamos juntos; así que entre miradas en la oficina y caminatas por el barrio, nos pusimos de novios.

En aquellos tiempos, yo tenía por objetivo terminar mi carrera universitaria. Así que dedicaba los sábados y domingos al estudio. Desde comienzo de año hasta el mes de agosto, no tuve ningún fin de semana libre. Priscila fue un gran apoyo en aquellos años, y también a lo largo de toda mi carrera.

Cuando nos casamos, el 31 de marzo de 1973, nos mudamos a Belgrano. Pero sólo soporté dos años. Yo, que venía de Liniers, estaba acostumbrado a la vida de barrio y a conocer personalmente a los vecinos. En Belgrano era difícil establecer esa clase de vínculos, así que nos fuimos a Ramos Mejía. Hoy, vivimos en El Palomar.





Arriba: Lara, Facundo, Priscila, Martín y su esposa, Yanina. A mi lado, Pablo, el esposo de Lara.

La familia se completó con la llegada de tres hijos y tres nietas. Mi hija Lara, casada con Pablo, es Licenciada en Relaciones Industriales y trabaja en Techint. Ellos nos hicieron abuelos de Maite y de Lucila. Mi hijo Martín, Ingeniero en Alimentos, es Gerente de Planta en Bimbo. Está casado con Yanina, y tienen a María. Facundo, el menor, estudia Administración de Empresas y trabaja en Peugeot.

Mi hermana, Marta Elena, sus tres hijos —Luciana, Nicolás y Juan Ignacio— y su esposo, Hugo, completan el cuadro familiar. Ella fue directiva en el Banco Galicia. Mi cuñado se dedica a la venta de autopartes. Son otra parte importante de mis afectos, junto a mi madre, que tiene en la actualidad noventa y dos años, muy lúcidos y plenos.

## La vida de club

Más allá de mis actividades como empresario y como dirigente industrial, una de las tareas de las que me siento más orgulloso es la de haber sido el presidente de la Asociación de Fomento Amigos de la Ciudad Jardín Lomas del Palomar (AFALP), el club de mi barrio.



Mis nietas, María, Maite y Lucila

En el '99, cuando me nombraron Presidente, la entidad tenía apenas ochocientos socios y estaba al borde de la quiebra. Hoy tiene casi cuatro mil y una sólida posición financiera. Lo logramos con un equipo muy pequeño; por eso pienso que cuando hay pasión, se pueden mover montañas. Pero hay que involucrarse.

Mi tarea en AFALP manifiesta mi estilo en todo lo que he hecho, ya sea en el ámbito empresarial o en mi vida personal. Yo me cargo los temas al hombro. Cuando me comprometo con una labor, lo hago por completo.

Los clubes cumplen roles sociales muy importantes. Y las actividades deportivas son una excelente manera de formar el carácter. Por eso, siempre alenté a mis hijos a que hicieran deporte. Lara practicaba pelota al cesto y fue campeona intercolegial de pentatlón. Martín y Facundo jugaron al fútbol y al básquet.

El deporte también nos despierta pasiones de las que, a veces, nos terminamos arrepintiendo. Yo me enojaba mucho en algunos partidos de mis hijos. En alguna ocasión, hasta me llegaron a expulsar del público por gritar a un referí.

## Un legado al futuro

Tras mi experiencia al frente de la UIA, mis colegas volvieron a honrarme con la presidencia de ADIMRA, para seguir adelante con el proyecto iniciado hace más de una década. Hoy distribuyo mis horas entre la cámara, mi empresa y mi familia.

No pienso en la jubilación. A veces, me acuesto muy tarde y cansado, pero a la mañana siguiente me levanto con ganas de seguir haciendo. En cuanto me despierto, comienzo a pensar. Considero que hay algunas cosas en la vida que son innegociables. Yo he puesto toda mi pasión en las actividades que enfrenté. En la industria, en la cámara, en el club y en la familia, asumí compromisos y los cumplí. Creo que viví la vida que tenía que vivir, y que cumplí con el deber en cada uno de los ámbitos donde participé.

Y lo hice sin olvidarme de mis orígenes. Después de la muerte de mi padre, cuando tuve mi primer trabajo en Bullrich, el sueldo no nos alcanzaba. Un día íbamos con mi madre al mercado y encontramos un billete. No era mucho, pero nos dio alegría: nos alcanzaba para poder comprar la comida de la cena.

Más allá del éxito que haya podido tener en las distintas actividades que encaré en la vida, jamás olvidé que me crié en Liniers, en una casa con gallinas en el patio, y que una vez pudimos cenar gracias a ese billete que encontramos en la calle.